

Feijoo y la medicina del siglo XVIII

Encarnación Ferré-Chiné

Recibido: 1/12/2016

Aceptado: 22/12/2106

RESUMEN

Feijoo es una figura fascinante del siglo XVIII español. Empeñado en la tarea de desterrar supercherías, desde la celda de su monasterio de Oviedo desarrolló una importante labor literaria, incardinada con la aspiración culta del Siglo de las Luces.

Palabras clave: Benito Jerónimo Feijoo, Siglo de las Luces, superchería.

Feijoo and the medicine of the eighteenth century

ABSTRACT

Feijoo is a fascinating 18th century Spanish figure. Dedicated to the task of banishing gossip, from the cell of his monastery in Oviedo he developed an impressive literary work, incardinated with the learned aspiration of the Enlightenment.

Keywords: Benito Jerónimo Feijoo, Age of Enlightenment, gossip.

30

INTRODUCCIÓN

Don Benito Feijoo (1676-1765) es descrito por un fraile de su misma orden en la *Relación breve de la muerte, entierro y exequias* como un hombre de destacada estatura; “de ocho palmos o más, el cuerpo muy derecho, sus miembros robustos y proporcionados, su cara más larga que lo justo, el color medianamente blanco, los ojos vivos, penetrantes y apacibles, el semblante plácido, la nariz proporcionada y algo inclinada hacia el lado izquierdo, el labio inferior belfo y carnoso, el cutis muy delicado, la complexión sana, y enhiesto y erguido y ágil en sus movimientos, de suerte que su persona desde luego enviaba especie de hombre grande”. Nacido el 8 de octubre en una aldea de Orense, sus padres fueron don Antonio Feijoo Montenegro y doña María de Puga Sandoval, ambos hidalgos. Nuestro hombre, aun siendo hijo primogénito y por tanto destinado a heredar el mayorazgo, prefirió entrar en la orden benedictina cuando tenía quince años, y mostró también importarle poco los orolepes de este mundo cuando rechazó ser

abad, obispo en América y otros cargos de especial relevancia. Sacó a la luz su primer escrito en apoyo del catedrático de medicina Martín Martínez, cuyo libro *Medicina escéptica y cirugía moderna* (1722) había sido impugnado en *Centinela médico-aristotélica* (1725). Tras este punto de arranque y contando casi cincuenta años de edad, comenzó a publicar uno tras otro, a partir de 1726, los Discursos que componen su *Teatro crítico universal*; “discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes”. Los ocho tomos (más un suplemento de 1740) que lo constituyen, fueron publicados con asombrosa periodicidad, pues solo mediaban entre ellos de uno a tres años. Concluida esta tarea, fueron apareciendo los cinco tomos de sus *Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio del Teatro crítico universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes*. Sorprende la amplitud de miras y la agudeza mental de un hombre cercano a ser octogenario, cuyas obras editó Martín Sarmiento, fraile de su misma orden, de cuya valía dijo don Benito: “Mi religión tiene

un sujeto que, en la edad de treinta y cinco años, es un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas". Y también fue Sarmiento quien escribió una defensa apologética de Feijoo cuando Mañer publicó *Antiteatro* en su contra.

Dicho todo lo anterior, podemos preguntarnos: ¿Encontramos paralelismo o concomitancia entre nuestro Feijoo y aquel beneditino de vida frívola y dissipada que se llamó Antoine-François Prévost (1697-1763)? (1)

ACERCA DEL SIGLO DE LAS LUCES

El siglo XVIII, que por colofón tuvo una revolución que conmovió el orbe, albergó en su transcurrir personajes de peso trascendental entre los que encontramos médicos, científicos, músicos, juristas, filósofos, escritores..., como J. S. Bach, Beccaria, Diderot, Goethe, Haendel, Hume, Kant, Lavoisier, Lessing, Linneo, Mozart, Pestalozzi, Pope, Richardson, Rousseau, Schiller, Adam Smith, Voltaire, Franklin, Buffon, Montesquieu, etc., sin olvidar reinados tan brillantes como el de Catalina II de Rusia, Federico II de Prusia, la saga de los Luises de Francia... ¿Qué decir, además, de la proliferación de la prensa, de las Enciclopedias, del afán por los experimentos? Intentar esbozar una mínima parte de cuanto durante el siglo sucedió -incluyendo la expulsión de los jesuitas, el cambio de la masonería medieval "operativa" a la "especulativa", el esbozo de la creación de los museos, el nacimiento de las Academias- requeriría una biblioteca. Se estaba librando una batalla entre quienes continuaban aferrados a lo aristotélico-tomista (basado en la tradición; en *magister dixit*; en el imperio de la teología sobre cualquier rama del saber) y quienes defendían la autonomía de la ciencia; la preponderancia de la luz del conocimiento sobre las tinieblas de la ignorancia. En esta lid debemos situar a don Benito Feijoo, que con su *Teatro* y sus *Cartas* luchó contra el apego al inveterado error y la superchería.

De entre los numerosos y sugerentes escritos de este fraile universal, traeré a colación aquellos que tienen que ver con la medicina. Recordemos hitos destacables de cuanto en España y fuera de ella estaba sucediendo al respecto: Se crea en Sevilla la Regia Sociedad de Medicina (1700). La "variolización" comienza a aplicarse en Inglaterra (1722) inoculando a los Infantes Reales. Pandemia de in-

fluenza (1929) y pandemia de gripe (1732). Publica Morgagni *De sedibus et causis morborum* (1761). Se organiza en Viena la enseñanza clínica (1754). Se funda la Escuela de Anatomía de Great Windmill Street (1770). Cavendish descubre el hidrógeno (1766). Logran aislar el oxígeno (1771), que Lavoisier definirá cuatro años después. Cavendish efectúa la síntesis del agua. Jenner populariza la vacuna contra la viruela (1796). Y hay mucho más porque, desde las postrimerías del siglo XVII, los políticos europeos comienzan a preocuparse por la enfermedad y la muerte como factores de innegable repercusión en el ámbito económico. De ahí que les preocupe la salubridad del aire, del agua, de las calles; el cuidado de los huérfanos; la correcta formación de las partes; la regulación de las bebidas alcohólicas; la supervisión de los hospitales; la lucha contra el curanderismo; la mejora de la enseñanza de la medicina y de la cirugía (desatendida esta tradicionalmente por la Universidad). Se perfecciona la iconografía anatómica mejorando tanto el dibujo como el grabado de láminas; se difunden medidas higiénicas sobre dieta, lactancia materna, protección frente a las epidemias; se estimula la disección de cadáveres (cuya vertiente sombría consistirá en la circulación clandestina de cuerpos, profanación de tumbas e incluso asesinatos); se presta atención a los avances de la química; se desarrollan diversas teorías sobre la constitución del cuerpo humano y su funcionamiento (una de las más representativas es la de La Métrie, expuesta en su obra *El hombre máquina*, que tan nefastas consecuencias tendrá para su autor, el cual publica también un Tratado sobre el vértigo y otro sobre la disentería, y además traduce y comenta a Boerhaave); llegan a diferenciarse 2.400 especies de enfermedades, ordenadas en 315 géneros, 44 órdenes y 11 clases; se descartan fantasías sobre "corazones con vello" y cálculos cardíacos; Petit perfecciona el uso del torniquete evitando así muertes por hemorragia en las amputaciones; se aprende a curar hernias gracias a un mejor conocimiento de la región inguinocrural; se construyen en acero fórceps articulados, así como brazos y manos. Es también el momento en que Mesmer trabaja con el magnetismo animal intentando aumentar el flujo magnético existente en el organismo para que activando su circulación lo equilibre, e inventa para tal fin una cubeta magnética de la que parten varillas que el paciente debe aplicar en sus zonas enfermas. Y es asimismo el ámbito en que Hahnemann comienza a diseñar su homeopatía.

ALGUNOS ESCRITOS MÉDICOS DE FEIJOO (Breve resumen)

Sobre el influjo de la imaginación materna sobre el feto (Tomo I. Carta IV) (2)

Me hallo poco inclinado a conceder a la imaginación de la madre alguna influencia en la figura y el color de sus hijos. Sin embargo los hay que, si un niño nace faltándole una mano, quieren atribuirlo a que la madre vio cómo a uno se la cortaban y ello la alteró tanto que parió el hijo así. Pero yo me preguntó: Si antes de ver cortar aquella mano el feto tenía dos, ¿dónde está ahora la mano que falta? Otros reservan el influjo para efectos menos considerables, como manchas en la piel. Así, refiere Gaspar de los Reyes que una mujer sufrió gran impresión por saltarle al pecho una lagartija y el hijo le nació con una excrescencia carnosa en el pecho que tenía la forma de una lagartija. Una que parió un hijo mulato -siendo ella tan blanca como su marido- afirmaba deberse a que en el momento que lo concebía tuvo puesta la vista en la pintura de un etíope. Otra que en estado de preñez se sentó debajo de un moral y sobre ella cayeron unas moras, sostuvo que la hija nacida con multitud de verrugas en la espalda se debió a que sobre ella cayesen esas moras. Y sostengo yo que como durante los nueve meses que dura la preñez hay muchos objetos que pudieran causar en la mujer fuerte impresión, es facilísimo que, si naciese el feto con algo destacable, pueda atribuirse a uno de esos objetos que impresionaron a la madre.

✱

Sobre el infante monstruoso de dos cabezas, dos cuellos, cuatro manos, cuya división por cada lado empezaba desde el codo, que salió a luz en Medina-Sidonia, el día 29 de febrero de 1736 (Tomo I. Carta VI) (2)

Los seres de las expresadas características, aunque no son frecuentes, tampoco son de los más raros, pues existe un catálogo de Johann Zahn sobre los monstruos que se vieron en diferentes siglos y regiones y en él se mencionan hasta treinta y cuatro de la misma especie que el nacido en Medina-Sidonia (citándose además uno de tres cabezas y otro de siete). Y no solo en la especie humana aparecen monstruos así, que también los hay entre los terneros, cabritos, liebres, gallináceas... De los humanos, unos tenían las

cabezas colocadas lateralmente, otros con una a la espalda de la otra, e incluso alguno tenía una cabeza incrustada en el pecho. Con respecto a los miembros, puede haber disparidad. Algunos tenían cuatro brazos y solo dos piernas; otros cuatro brazos y cuatro piernas; otros tres brazos y tres piernas. Algunos tenían dos hígados y dos bazoos; otros un hígado y un bazo; otros tres corazones... Pero los bicéfalos no deben confundirse con los bicorpóreos, los cuales consisten en dos cuerpos enteros que están unidos por alguna parte.

✱

Con ocasión de haber enterrado por error a un hombre vivo en Pontevedra (Tomo I. Carta VIII) (2)

El hecho sucedió de este modo: a un escribano le acometió un accidente repentino, dio consigo en tierra y, tras las pruebas pertinentes de si estaba vivo a no, lo enterraron pasadas unas catorce horas. Al día siguiente se notó que estaba movida la lápida y, descubierto el cadáver, se encontró en distinta postura a aquella en que lo habían enterrado.

En el quinto tomo de mi Teatro, cuyo sexto discurso lleva por título "Señales de muerte actual", advertí que las señas de muerte pueden ser falibles, pero, lamentablemente, se siguen conociendo casos de sepultar gente que está viva. ¿No horroriza la ignorancia que suponen hechos así? ¿No avisan algunos autores que en las caídas de lo alto; síncope; apoplejía; sofocación histérica o por sumersión, cordel, humo de carbones o vapor de vino; herida de rayo y otros semejantes, sea más riguroso el examen y se guarde un plazo más largo para enterrar el cuerpo?

✱

A un médico, que envió al autor un tratado sobre las utilidades del agua bebida en notable copia, y contra los purgantes (Tomo I. Carta XIII) (2)

Puede ser que el agua bebida en gran cantidad sea beneficiosa porque diluye los humores coagulados o dispuestos a coagularse y embebe las sales perniciosas al cuerpo humano. Un médico inglés que publicó la obra titulada El gran febrífugo (1722), sostiene que dicho febrífugo no es otro sino el agua fresca, la cual, administrada el primer o segundo día de la fiebre, "mezclándose con la sangre, causa un sudor que expele la materia viciada". La cantidad que recomienda para el niño es de un cuartillo y, para el adulto, entre dos y cuatro. Pero

sostiene además que no solo la fiebre sale beneficiada sino también la tos, el reumatismo, la ictericia y otras dolencias. La objeción que a esto se hace de que algunos muriesen tras beberla, resulta despreciable, según dicho autor, y recuerda que murieron también muchos que se sangran, se purgan, toman quina... ¿Se deben por lo tanto proscribir todos los remedios porque ninguno hay después de cuyo uso no hayan muerto muchos? Como se verifique que de doce enfermos incurables uno se restablezca por el uso del agua, lo tendré por remedio eficaz. Por cuanto se refiere a los purgantes, estoy persuadido no solo de su inutilidad sino de que son perjudiciales. Yo mismo los tomé durante siete años y, cuando los abandoné, no fueron mis indisposiciones más frecuentes ni más graves. Por ello deduzco que el mayor alivio viene proporcionado por las evacuaciones que solicita la naturaleza, puesto que ella evacua lo que más conviene y del modo debido.

*

A un médico, que envió al autor un escrito en que impugnaba el de otro médico sobre el excesivo uso del agua en la medicina (Tomo I. Carta XIV) (2)

Por lo que respecta al remedio del uso abundante del agua, ni tomo partido ni lo puedo tomar porque no lo he visto practicar jamás y porque, en medicina, ninguna regla tengo por segura sino tras realizar muchos experimentos. Además puede ser que el uso abundantísimo del agua resulte eficaz en alguna enfermedad pero no en todas, por eso se debe averiguar en qué estado se hallaban tanto los que sanaron como los que murieron por tomarla.

*

De los escritos médicos del padre Rodríguez (Tomo I. Carta XV) (2)

Los escritos del cisterciense aragonés don Antonio Joseph Rodríguez son muy dignos de ser leídos y estimados. Reconozco en él un entendimiento sólido, agudo y claro; una superioridad de espíritu que lo constituye en legítimo juez de las opiniones vulgares; una osadía que le salva de temer a la multitud de sus contrarios. Por eso no admito que sea calificada de "fanfarronada" su actitud, pues en ocasiones se toma por arrogancia la sinceridad de los escritores y en cambio es pusilanimidad o hipocresía lo que parece modestia, pero sé que la multitud infinita de necios no reconoce a la razón salvo si esta se reviste de pompa.

¿Cuánto más importa para los aciertos de la cura la experimental penetración de la naturaleza y cualidades de los remedios que el vano aparato de los silogismos y la escolástica discusión de cuestiones teóricas! Que el decidir en qué caso está dispensado un enfermo del precepto de ayuno, más depende del conocimiento médico que del teológico, porque estará dispensado de ayunar aquel a cuya salud hace grave daño la abstinencia. De todas formas, tampoco veo bien que apenas se sienta un dolorcillo ya se tome esto por motivo suficiente para comer carne los días prohibidos.

*

Del remedio de la transfusión de sangre (Tomo I. Carta XVI) (2)

Es extraño el remedio que usía me presenta como eficazísimo para casi todas las enfermedades, aun cuando estas se hallen en un estado tal que el enfermo se considere próximo a las agonías: la transmisión de sangre de unos cuerpos a otros. Es decir; de los sanos a los enfermos. De esto deduzco que considera depender la mayoría de las enfermedades de algún vicio de la sangre, y que, corregido este, las enfermedades se curarían. En suma, pretende despojar al paciente de toda su sangre e introducirle sangre de algunos cuerpos sanos (habida cuenta de que esto quizás les hiciese bien a aquellos de suma robustez y que, entre ellos, los habría dispuestos a vender su sangre a bajo precio). No olvidemos que fue el médico inglés Lower quien inventó la transfusión de sangre, de lo cual hizo en Oxford experiencia pública en 1665. (¿Probaron a hacerlo en siglos anteriores y por no lograrse la esperada utilidad no se dio noticia del experimento?). Hasta Francia llegaron las noticias del éxito logrado por Lower y comenzaron a hacer transfusiones -teniéndolas algunos por útiles y otros por perniciosas- y realizaron tentativas con siete perros. En la primera, el perro que recibía en su vena la sangre murió. En los otros seis experimentos, el perro que recibía la sangre se debilitaba mientras se hallaba bien el que la perdía (siendo que se esperaba el efecto contrario). De esto se concluyó que cada animal tiene una composición particular de sangre y esto hace que no se acomode bien con la sangre de otro. Por eso resulta una temeridad usar la transfusión para intentar curar enfermedad alguna, pues, de los brutos enfermos sana alguno, pero de los hombres enfermos mueren más.

*

De la medicina transplantatoria (Tomo I. Carta XVII) (2)

¿Desengañado de la medicina transfusoria me propone la transplantatoria? Si aquella pretendía comunicar la salud de un cuerpo a otro, esta busca transferir la enfermedad. ¿Cómo se logra? Un primer modo será llamado curación magnética, que a su vez puede subdividirse dos. En una la transplantación se hace por “contacto inmediato” del cuerpo doliente al sano; en otra se realiza por “contacto mediato”; es decir, mediante el contacto de alguna cosa extraída del cuerpo doliente con el cuerpo al que debe transmigrar la enfermedad. Un segundo método de transferir o quitar una enfermedad se llama curación simpática y consiste en llevar a cabo una inmutación en algún cuerpo forastero y distante.

A la primera especie pertenece la curación del padidizo metiendo el dedo doliente en la oreja del gato. Este caso fue referido por Riverius, quien presenta dos casos. En uno se logró la curación en un cuarto de hora. En el otro, el dolor del dedo se quitó al cabo de dos horas, mientras al gato le comenzó su oreja a doler. También se han descrito casos de curación del cólico o de la gota aplicándose en la zona afectada unos cachorrillos. Y de una mujer afectada de ataques epilépticos se dice que, aplicándose una tórtola a medio desplumar en el abdomen, se vio por siempre libre de dichos ataques pero fue la tórtola la que los sufrió. Algunos llegan incluso a afirmar que se puede comunicar la enfermedad mirándose en un espejo; que a personas con el cutis sano les brotaron postillas porque en dicho espejo se miró antes uno que las tenía.

Yo no disiento de que en las transplantaciones puede haber algo de cierto, pues, por mero contacto con los corpúsculos de que depende la enfermedad, puede esta transferirse de un cuerpo a otro. Sin embargo se requerirá que, quien contrae la enfermedad, tenga sus poros dispuestos de una forma tal que por ellos puedan penetrar dichos corpúsculos. Por eso se cree que, machacado un escorpión y aplicado en el mismo lugar donde llevó a cabo la picadura, extrae el hálito venenoso que él mismo instiló. Y la que llaman “piedra de la serpiente” extrae el veneno de la mordedura de cualquier sabandija. Lo que me niego a admitir es que se comunique la enfermedad por medio de un espejo, pues no puede este transmitir un efluvio morboso que inficione a quien se mira en él, y considero que hay mucha superstición en las curaciones que relatan ciertos médicos. Por ejemplo, que se transplanta la gota cortándose las uñas de las manos o los pies e

introduciéndolas en el tronco de una encina; que se cura el dolor de dientes sacándose un poco de sangre de la zona doliente, mojando en ella un palito e introduciéndolo también en un tronco; que tanto en la gota como en las fiebres intermitentes debe hervirse carne de cerdo en orina del enfermo y dársele a comer a un perro; que en la tisis hay que mojar un lienzo con los esputos y colgarlo en una chimenea, de modo que, conforme el esputo se vaya secando, se consumirán los humores morbosos del tísico. Y que, para las hemorroides, frótese en ellas un pedazo de carne de vaca que aún esté caliente, entiérrese esta carne después y, conforme se vaya pudriendo, irá cesando el dolor hemorroidal.

✱

De los remedios de la memoria (Tomo I. Carta XX) (2)

Hasta el momento no se ha descubierto tal remedio, hablo de uno que produzca efecto permanente, pues no dudo que algún medicamento favorezca la memoria de modo pasajero. Dentro de estos cabría citar especies aromáticas: el ámbar, las cubebas, el incienso, el cardamomo, el agua de magnanimidad, la anacardina..., presentando además alguno de ellos el inconveniente de resultar purgante. Yo mismo probé algunas cubebas (granos aromáticos de la isla de Java que son del tamaño y forma de los de pimienta) y algún efecto hallé, pero de duración breve —es más, pasadas unas horas, mi memoria quedó mucho más torpe de lo que antes estaba—. También traigo a colación el consejo que dio un padre, que por cierto era médico, a su hijo, consistente en que se metiese en la nariz una pasta hecha de piñones. ¿Creen que con eso ganó algo su memoria?

Disuado de usar los remedios que arriba cité porque, tomados con frecuencia y a altas dosis, pueden conducirnos a la estupidez. Sirvan de ejemplo aquellos que por causa de la anacardina llegaron incluso a enloquecer y perdieron además el uso de algún sentido. Y es que en la anacardina, que tiene como base el anacardo, se mezclan especies aromáticas y estas causan estragos.

✱

Sobre la virtud curativa de los lamparones atribuida a los reyes de Francia (Tomo I. Carta XXV) (2)

En mi opinión, los reyes de Francia están interesados en mantener la fama de que su contacto puede

*

curar los lamparones, y también su nación considera una gloria que posean sus reyes dicha prerrogativa. Sin embargo, lo cierto es que acuden allí muchos de los que padecen dicha enfermedad para que el rey, el día de Pentecostés, tras confesar y comulgar en el convento de San Francisco, los toque en la frente y diga: Rex tangit te, Deus sanat te. O sea; «El rey te toca, Dios te sana». (¿Y qué decir de que los reyes de Inglaterra alardeen de curar no solo lamparones sino también la gota coral, viniéndoles dichos privilegios de José de Arimatea? ¿Y de los reyes españoles, de los cuales se afirma que expulsan los demonios simplemente acudiendo a su presencia?).

Me pregunto si, alguno de los escrofulosos que en Francia sanaron, fue por virtud existente en el rey o por otra causa. Hay quien afirma que la cura puede ser obra de la imaginación, impresionada por la presencia del monarca y el aparato de la ceremonia. Otros sostienen que el cambio de clima y el ejercicio hecho durante el largo viaje les sentó bien. Los hay que sospechan que, antes o después del contacto con el rey, les aplicó algún médico un remedio eficaz que propició la cura. Cabría también que, puesto que el monarca ofrece apetecibles dádivas a quienes van a él por ver de curarse, acudiese alguno que no padece escrófulas para decir luego que el rey los curó.

*

De la anticipada perfección de un niño en la estatura y las facultades corpóreas (Tomo I. Carta XXXV) (2)

En la villa de San Leonardo vive un niño que llamo monstruoso porque, cumplidos ocho años, mide casi metro y medio y el grueso de sus miembros corresponde a su altura. De la fuerza diré que aún es superior al tamaño, pues alzó una piedra de ocho arrobas y a dos hombres levanta a la vez, uno con cada mano. Y, según el testimonio de un notario, está también medio barbado. Pero el hecho, aunque es singular, no es el único. Un niño del Franco Condado comenzó a caminar a los seis meses y a los siete años tenía la estatura y la barba de un hombre. Asimismo, conozco otro caso en Normandía.

Si los que he citado están adelantados por lo que se refiere a lo corporal, no son raros los casos en que se dan anticipaciones prodigiosas en lo que atañe a lo espiritual (yo mismo cito algunas en mi Teatro, Tomo 6, discurso I). Y en lo referido a la facultad generativa, una niña fue madre a los ocho años y otra nació teniendo a su vez otra en el útero.

A favor de los ambidextros (Tomo I. Carta XXXIX) (2)

¿Considera vuestra merced vicio el que un niño sepa usar indiferentemente la mano derecha y la izquierda? Yo, contra la opinión general, lo llamo habilidad y ventaja. ¿Por qué se empeñan los padres en quitar a su hijo el uso por igual de ambas manos si debieran habituarlo a él? El martillo, el hacha, el cincel, la sierra, el escoplo... ¿no deben usarse en muchas ocasiones con la mano izquierda? ¿Qué sucede si la mano derecha se halla impedida por causa de un golpe, reumatismo o tumor? ¿No se lee en el Libro de los Jueces que unos guerreros de la tribu de Benjamín eran adiestrados en el uso de una y otra mano? ¿No admiraban los griegos el ser ambidextros, pues no en vano era alabado Héctor por manejar de esta forma el escudo? ¿No está la mano izquierda formada con la misma perfección que la derecha? Todo esto lo digo sin pasar por alto que dejó escrito Aristóteles que era la mano diestra más fuerte que la otra, pero quizás se engañó, pues la fuerza la adquiere con el ejercicio. ¿Acaso privilegió la naturaleza más al pie derecho que al izquierdo? Y algo que veo muy dañino es considerar que ser zurdo indica un ánimo torcido o ser de mal agüero.

*

Sobre la ignorancia de las causas de las enfermedades (Tomo I. Carta XL) (2)

En la averiguación del origen de las dolencias, hasta los rústicos hablan en tono de filósofos. Uno atribuye su dolor de cabeza a haber dormido más de lo ordinario, aquel a dormir menos; este a la falta de ejercicio; aquel al calor; otro al frío; a que comió aceitunas; a que se hartó de espárragos... Solo yo, triste de mí, nunca sé de dónde vino el daño. Pero hablemos ahora con toda seriedad. Aparte de ser verdadera esta máxima: "Todo lo excesivo es enemigo de la naturaleza", lo que para uno es exceso para otro puede ser nimiedad porque depende de la constitución de cada cual y de si está o no habituado a ello, y entiendo que tampoco debe calificarse de excesivo lo que excede en muy poco del justo medio. ¿No es simpleza pensar que tres bocados o tres sorbos más pueden causar un perjuicio? En suma; pocas veces se descubren la causa real de una dolencia. Una máquina tan delicada y compleja como la del cuerpo humano puede padecer desórdenes por

35

diversas causas, pues dentro de sí misma alberga los principios no solo de su deterioro sino también de su ruina total. Están sus numerosas partes en continuo movimiento y en recíproco choque sólidos y líquidos, por eso, sin necesidad de que intervenga un agente exterior, falta muchas veces el equilibrio en que consiste la salud. En tal caso, ¿podrá alguien comprender, de los ángeles abajo, qué parte flaqueó y debido a qué causa? Si viene la peste empuñando su guadaña, ¿la indujo el calor, el frío la humedad, la sequedad, los vientos? ¿Quién asegura que entre los átomos flotantes de la atmósfera no los hay de la cualidad de algún veneno? ¿Y qué decir de los vegetales? En el reino de Nubia crece una planta, parecida a la ortiga, que produce una grana tan sumamente venenosa que solo un grano de ella basta para matar diez hombres. Por todo ello afirmo que es vano el empeño de averiguar la causa de los males, y que, además de vano, resulta ser nocivo para el alma y el cuerpo. Quienes están pendientes de indagar de dónde viene el daño, viven en continuo afán. Se les brinda un manjar y no se atreven a probarlo. Desean salir, pero el temor al aire o la humedad los detiene en casa. Podrían distraerse una noche con una entretenida conversación, pero sin sentir sueño se meten en la cama a la hora acostumbrada. ¿No son dignos de lástima si dice el adagio: “Quien vive médicamente vive míseramente”? Recuerden estos que las muertes repentinas están fuera de toda previsión, excluyendo aquellas que provienen de la glotonería o de abandonar completamente nuestro propio cuidado.

*

Uso más honesto de la arte obstetricia (Tomo II. Carta XVII) (4)

Dice vuestra merced que desea presente yo al público la torpeza que hay en servirse la mujer del ministerio de los hombres para que la atiendan en el parto. Pero me temo que, si aun conociendo la indecencia que envuelve dicha práctica la ha admitido, en ella proseguirá por más que se clame en su contra. Sin embargo, aunque esto suponga alguna indecencia, conviene que las cosas continúen así para evitar mayores males. ¿No los provocaría admitir tan solo a mujeres para realizar esa tarea si son ignorantes en el arte que en ella se requiere? ¿No hemos visto parteras que llevan a las puertas de la muerte a la que se entregó a sus manos y que

solo un hombre hábil consigue salvar? Dos vidas dependen de practicar bien este oficio, y, en asunto de tanta trascendencia, ¿no merece la pena renunciar a los melindres pudibundos? Pues si una mujer puede sacrificar su vida al pudor, ¿algo la autoriza a sacrificar también la del feto? Conviene recordar que por existir en Atenas una ley que prohibía a las mujeres todo ejercicio de la medicina —incluido el arte obstetricio— muchas perdían su vida y la del hijo. En suma; conviene que las mujeres se sirvan del ministerio de los hombres en la suposición de que solo posean ellos los conocimientos necesarios, pero deberían tomarse providencias para que las mujeres sean instruidas a ese tenor.

*

Con ocasión de explicar el autor su conducta en estado de la senectud. presenta algunos avisos a los viejos (Tomo V. Carta XVII) (3)

Confieso no hallarme tan débil como correspondería a mi dilatada edad, y lo atribuyo a no ser de genio tétrico, arisco, áspero, descontentadizo, regañón... que son enfermedades del alma corrientes en los viejos. ¿Cómo lo he logrado? En parte por el temperamento y en parte por la reflexión, pues, cuando era joven, notaba cómo el anciano se hacía incómodo por censurar todo lo presente y alabar todo lo pasado; quejándose de sus incomodidades corporales; prorrumpiendo en gemidos y quejas por sentir un flatillo o un ligero dolor. Tampoco me inmiscuyo en las diversiones de la gente moza puesto que en ellas resulta enojosa la presencia de un viejo. De mis conversaciones debo decir que mantengo un tono entre jocoso y serio, ya que la aversión a una chanza oportuna me parece vicio. ¿No le sirve la chanza de descanso al alma? En fin, huyo de la amargura de ánimo causada por ese humor melancólico dominante en la edad senil, el cual viene agravado por las indisposiciones corpóreas, la decadencia de las facultades y el torpe uso de los miembros. Y también soy consciente de que suelen los viejos pecar de falta de limpieza, lo cual los hace despreciables y ridículos.

Resultaría tentador revisar también qué expone Feijoo en *Causas del amor* (5) y en *Remedios del amor* (6) o lo que dice sobre las lluvias sanguíneas; de la transportación mágica del obispo de Jaén; del tabaco y el chocolate; de los milagros en algunos santuarios; acerca de los duendes y los demonios incubos; sobre

la resistencia de diamantes y rubíes al fuego; de las apariciones de espíritus y sobre los vampiros; de la vara adivinatoria ("báculo de avellano, dividido en la parte superior en dos astas, en forma de horquilla o Y griega", usada para descubrir minas de metales, tesoros escondidos y cauces de agua); etc. Pero como siempre se llega inexorablemente a un punto final, vaya aquí el mío.

BIBLIOGRAFÍA

1. Prévost AF. Histoire du chevalier Des Grieux et de Manon Lascot. París. Garnier-Flammarion. 1967.

2. Feijoo BJ. Obras completas. Cartas eruditas y curiosas. Tomo I. Oviedo. Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII. KRK Ediciones. 2014.

3. Feijoo BJ. Cartas eruditas y curiosas. Tomo V. Madrid. Imprenta de Joaquín Ibarra. 1760.

4. Feijoo BJ. Cartas eruditas y curiosas. Tomo II. Madrid. Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. 1745.

5. Feijoo BJ. Teatro Crítico. (Discurso 15) Tomo VII. (2ª Impresión). Madrid. Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. 1736.

6. Feijoo BJ. Teatro Crítico. (Discurso 16) Tomo VII. (2ª Impresión). Madrid. Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. 1736.